

SEMBLANZA DE DON ROBERTO BRENES MESEN

LETRAS 15-16-17 (1987)

Hoy, como en el ayer de 1915 y 1916, el nombre que recuerda la figura, y honra de este Segundo Congreso de Filólogos, se halla presente en esta ciudad de Heredia. Hoy, como en el ayer, su presencia invadirá los claustros y espacios abiertos de este Campus universitario, dedicado a su discípulo y amigo, Omar Dengo. Hoy, como en el ayer, la amistad de García Monge cede, a nuestro honorable huésped, un rincón de este edificio de la Biblioteca que lleva su nombre. Hoy, como en el ayer de los comienzos de 1917, en Heredia, en la Normal de Costa Rica convertida en Universidad Nacional, entre los nombres de sus más cercanos amigos, Dengo y Monge, se encuentra presente el de don Roberto Brenes Mesén.

Pero hoy, no vendrá don Roberto a pedirles consejo, para, como en aquella negra encrucijada de la ya proverbial tiranía de los Tinoco, tomar al fin una decisión leal a la patria y a las instituciones educativas del país, que, a la postre, lo haría alejarse de su amada Costa Rica, induciéndolo al autodesierto. Hoy, por la acertada voluntad de ACFIL, el nombre de Roberto Brenes Mesén está presente, para recibir merecidos lauros, y para presidir como inspirador, honrándonos, las actividades de este Congreso.

Mas no es precisamente el nombre lo que define la figura de los hombres. Al contrario: un nombre queda consagrado en los anales de un pueblo, porque la persona que lo lleva, consiguió por sus actos, méritos y virtudes, una aureola cuya luz se irá haciendo más brillante a medida que atraviesa épocas más remotas. Y cuando esto sucede, el nombre y la figura, inseparablemente unidos, desafían los tiempos del porvenir. No de otro modo acontece con don Roberto Brenes Mesén.

Me propongo en este acto de apertura, por la honrosa designación del directorio de este Congreso, evocar ante ustedes, si no la figura plena y desbordante de don Roberto, sí algunos aspectos que nos acerquen a la semblanza de su figura. Y lo haré, más con el corazón que por el frío camino del curriculum convencional. Lo haré como él desearía que se hiciese. Así interpreto su deseo, en la queja de aquellos versos de su poema "Crisoralia":

*Pero ninguno de los hombres vino
para decirme que en mi voz amaba
el diáfano cristal del alma mía.*

Estos tres endecasílabos fueron para mí la invitación de entrada a la obra brenesmesénica, donde encontré su voz y amé su alma cristalina, reflejada multiforme en el polifacético prisma viviente del crítico iconoclasta, del místico y el asceta, del científico y metafísico, del filólogo y el literato, del ensayista y el poeta, del impulsor de proyectos. Los varios destellos del "diáfano cristal" de su alma, hechos voz y palabra en su obra, suenan combinados, sobre el tono fundamental del magisterio.

Cuando uno se aproxima a sus ensayos, siente la caricia de los torneados bordes de las ánforas de sus poemas; cuando se acerca con sigilo, temeroso y como más profano a sus poemas, encuentra que son la última expresión de sus ensayos, sublimados por el inefable lenguaje del poeta. De ordinario se me ofrece ensayando en poesía o poetizando en ensayo.

La obra brenesmesénica, como su alma, se expande unitaria, sin linderos entre el llano y la ladera, la ladera y la colina, la llanura montañosa y los picos escarpados, para terminar, fundiéndose en el éter, en busca de la Idea. Así, el universo de su obra resulta un continuum, merced a la persistencia de la Idea.

A través de su palabra, navega el pensamiento disfrazado con distinto ritmo, sonido y color. Variados registros de su espíritu iconoclasta, afloran en los siguientes pasajes:

*Ansío combatir hombres e ideas . . . Me propongo discutir
la legitimidad de muchas reputaciones y el valor artístico y*

filosófico de obras y doctrinas (“Mi corazón iconoclasta”).

Y en otro lugar:

*Despedazar celajes flotantes, será mi obra de heresiarca
 (“Idea”).*

Y en el poema “Juan y Jesús”, en la voz de Juan el Bautista:

*Fustigaré la espalda del oprobio,
 pondré mis plantas en la torre altiva
 de la insolencia real i oiré sus gritos
 temblantes, como andrajos de bandera.*

Recordemos un ejemplo más, en que la teoría del poeta se hace poema; en que el poema es idea crítica, revolución de estructuras del pasado; “es —dice don Roberto— la revelación de mi posesión y dominio de la armonía del verso”. En realidad, según las efemérides costarricenses de la época, fueron recibidos con brutal y burlesco rechazo, poema y autor. Me refiero a “Marina Ponienta”:

*Hay un olor de yerbas
 suspenso en las barbas sedosas del viento
 salado del mar.
 El verdor de las pálidas conservas
 aceita el pelaje del rebaño de olas cuyo acento
 es un perpetuo balar.
 Alas de nubes rotas
 cansadamente reman y se ahogan
 en el azul del mar y en el celeste azul.
 Y entre esos dos abismos descansan las gaviotas
 meciéndose en la hamaca de las ondas, mientras bogan
 los crepúsculos-barqueros rezagados de la luz.*

En *Crítica Americana*, encontramos la bellísima pieza titulada “Los dioses vuelven”, sobre *Raíz Salvaje* de Juana de Ibarbourou. En este ensayo, de marzo de 1905, además de lo declarativo del título, se puede escuchar uno de los bordones fundamentales de toda el arpa literaria filosófico-poética de Brenes Mesén: el misticismo y sagrado panteísmo pagano. Y a gran distancia de esta fecha, poco an-

tes de que, en 1947, volaran las cenizas de su frágil urna humana, don Roberto vuelve a pulsar con energía el sacro panteísmo, cuyos acordes hacen vibrar el templo místico de la Naturaleza, en su poema **Rasur**. Su alma, enamorada y seducida siempre por la belleza al modo de los dioses niños (Crishna, Adonis, Tamuz, Attys, Horus), se encarna literariamente en Rasur, y pasa en una de esas noches estrelladas, en su queja, “sin que nadie advierta su presencia”. Efectivamente, la filología, a mi parecer, no ha reparado aún en este poema, testamento de don Roberto.

En los dinteles del libro **El canto de las horas**, aquellas teofonías instantáneas y premonitorias de que, algún día, su cuerpo terreno daría entrada a la divinidad que llamaba a su puerta, se convierten en la realidad bulliciosa que le hace escribir en un llano elevado, para terminar en las cumbres del poema. Ejemplos de las premoniciones teofánicas se encuentran ya en poemas de **En el silencio**, tal como en “La visión de la Hora”:

*De pie, mirando hacia el jardín, la dama
blanca era una visión encantadora,
un manojo de azahares en la rama
de limonero en flor: era una Hora.*

*Soi la Hora silenciosa de la tarde
que viene a derramarte en tu aposento
los lirios de su amor i tú, cobarde,
no conoces el lirio de mi aliento.*

Compárese con el siguiente fragmento del prólogo a **El canto de las Horas**:

*He tornado muchas veces a la sacra colina de la meditación / . . . /
para sentir en el sereno bosque de mi alma la inefable armonía
del canto de las Horas.*

Conviene recordar que las Horas, divinidades de las estaciones del año, son las que rigen el tiempo y —en la concepción religiosa griega abren y cierran las puertas del Olimpo. Según la interpretación he-

siódica, las tres hijas de Zeus y Temis, llevan por nombre Eunomía (Buen Gobierno), Dike (Justicia) e Irene (Paz). La trasmisión pindárica hace de Las Horas un paralelo o duplicado de Las Gracias. En general representaban, para los antiguos, todo lo que los dioses envían al mundo en el momento oportuno, a su debido tiempo; ellas hacían brotar las plantas, aparecer las flores y madurar los frutos. Pero en Brenes Mesén, las concepciones paganas sobre las divinidades, no están usadas como símbolos vacíos y ornamentales, sino como algo más: son seres anímicos divinos, con poderes, acciones y destinos trascendentes; su realidad ultrasensible sólo encuentra lugar en el silencio interior del hombre.

Desde **El Canto de las Horas**, podemos ascender a **Voces de Soledad**. Es como si la llanura literaria, producto de una intensa y prolongada reflexión íntima en el retiro de una vida interior, se moviera hacia las alturas tomando posición de clivosa ladera ascendente, propiciando la construcción de estados de conciencia intermedios, cada vez más desprendidos de lo corpóreo, hasta llegar a la séptima morada.

Bajo el título “Ley de Obediencia al Maestro”, desarrolla el último de los trece ensayos que integran **El Canto de las Horas**. Me ha parecido tan evidente la transición que existe entre este escrito y varios de sus poemas, que sin ninguna duda lo tomo como obertura que acerca a estos registros. Ya desde el título se advierte la antítesis a la insistentemente preconizada libertad del artista. Y en efecto: Brenes Mesén asienta, defiende y prueba que para ser libre, se deben primero desarrollar las alas de la libertad que se persigue bajo la sombra luminosa de la Obediencia al Maestro.

La obediencia es dulce; nos deja sentir nuestra venturosa dependencia de las leyes del Universo y de los lazos de amor y armonía de los hombres.

Y en “A mi Maestro”:

*Maestro, ven que tu sutil presencia
se derrama en los ámbitos de mi alma
como un perfume de exquisita esencia,
como un grato rumor de selva y agua.*

*A veces junto a mí, sin luz, te siento
venir como vibrante sinfonía;
hasta el limpio silencio de tu aliento
inunda mi existencia de armonía.*

Y como en la noche oscura de los místicos —Brenes Mesén lo es por testimonio y vida— declara la amargura de su alma, porque la ausencia del Amado lo deja desvalido entre las sombras:

Cuando el Maestro se aleja, en todas las arboledas de nuestro interior se levantan los rumores quejumbrosos de la ausencia y de la noche (**Canto de las Horas**)

Y en Voces de Soledad:

*Vaso de amor, ¡Estrella mía! ¡Cuánta
sombra ha caído en la apacible senda
encendida de rosas y jazmines
que me llevaba a ti, sin esta tienda
de amor ni de dolor que el mundo ha abierto
en medio de los vírgenes jardines
de mi alma, iluminada con tu sombra!*

Cuando después de la “noche oscura” se hace presente ese Señor de Amor, ese Maestro, ese Vaso de Amor, esa Estrella, esa Luz tan deseada e invocada, como premio de una intensa búsqueda, espera y obsequio seguimiento a la Ley, el alma del poeta se llena de contento y se ilumina la morada:

*Cuando callo, pensabundo
siento en mi alma el aleteo
de la luz del Padre Zeo
que ilumina el mar profundo (“El ansia blanca”)*

Vibraciones semejantes se pueden sentir en “Voz interior”, en “En la senda”, en “Peregrino”, en “¡Oh bello arcángel”, en “Triunfaré”, en “El fuego” y en muchas otras estancias de su poesía.

En “Amado del alma”, se advierten todos estos ecos, que salieron unidos de la pluma de don Roberto, en el lenguaje clásico de un

místico, cuya confesión religiosa comprende e invade el ámbito de la Universal:

*Por todos los senderos
de esta callada selva
pasar te he visto, ¡Amado
del Alma, a quien venero!*

*Por todos los senderos
de esta callada selva
te voy siguiendo, Amado
Maestro de mi vida,
para tenderme un día
delante de tus pasos
como un riachuelo puro
que canta de alegría
sintiendo en sus riberas
un rumor de palomas
y un temblor de palmeras.*

Pero sobre un grueso bordón fundamental, entorchado con hilos de metafísica, cosmogonía, filosofía y teodicea, descansa construida la obra hecha vida y la vida hecha obra, de Roberto Brenes Mesén. El pulsó reiteradamente este bordón angular con las mismas palabras y contenidos del verso cosmogónico virgiliano, saliendo de la boca de Anquises, tan grave en el ritmo como en la idea:

..... *totamque infusa per artus
mens agitat molem et magno se corpore miscet*
(En. VI, 726-27)

que interpreto: . . . Y difundida por sus miembros y articulaciones, una mente agitada toda la materia, mezclándose con el ingente cuerpo.

En el ya citado ensayo “Los dioses vuelven”, de su **Crítica Americana**, después de comentar y citar el Timeo de Platón para probar la concepción monista y anímica de la organización cósmica, continúa

Brenes Mesén traduciendo la primera parte del verso 727 de la cita virgiliana: “Hay una mente que agita la materia”, que en el referido texto platónico equivale a “el mundo se hizo alma viviente y verdaderamente racional”; y prosigue don Roberto: “una sutil inteligencia mora en las oscuras raíces de todos los árboles”.

En el **Canto de las Horas**, recurre a este fundamental concepto de su obra: “¡El alma de las cosas! La mente agita la materia. La vibración alta y poderosa del Alma del Mundo respira sutilmente en el interior de las formas”.

Hasta en **La voluntad de los microorganismos**, de corte científica, se rastrea semejante concepción infusa en todos sus escritos, cuando opondrá a la teoría mecanicista de los tropismos, el evolucionismo por la intervención de fenómenos síquicos:

El yo quiero –escribe– como declaración efectiva de la voluntad, se traduce por movimientos molares indispensables para realizar ese “yo quiero”; como simple idea supone movimiento molecular de las corrientes nerviosas que son la base de todo fenómeno síquico.

Toda la exposición del ensayo está fundamentada en los movimientos molares o moleculares; es decir, en el “mens agitat molem”. Con razón en “Itinerario” rechaza D. Roberto las acusaciones que sus coetáneos le hacen contra supuestos cambios radicales en las opiniones expresadas:

Pero ha sido frecuente que se juzgue cambio repentino lo que simplemente ha sido una ampliación de una misma manera de pensar / . . . / ¿Cambio? No, una sencilla consecuencia / . . . /

De una manera más explícita, se vuelve a encontrar esta alimentadora idea central de su mente y de su obra, en su ensayo **Metafísica de la materia**:

Enfrentando la concepción racionalista para refutarla, en su meditativo y central ensayo **El misticismo como instrumento de la investigación de la verdad**, pulsa de nuevo el bordón virgiliano, no sin aclarar que ante esta concepción monista y espiritual, la conciencia per-

sonal no se pierde difuminada en un panespiritualismo, sino que, al contrario, queda subrayada y enriquecida:

Se es parte —escribe— de la mente que agita el universo. Lo cual no significa pérdida de nuestro yo, sino la exaltación de nuestra conciencia . . .”.

En fin, como vibración literaria de todo este pensamiento, en el más sutil grado de ensayo, se me ofrece el poema “Mes agitat molem”:

*¿Cuál es la fuerza que llevó al botón
a abrirse en flor?
la fresca flor a madurar en fruto
y el fruto al polvo?*

*¿Cuál es la fuerza que cambió en crisálida
la oculta larva,
la crisálida en áurea mariposa,
la mariposa en polvo?*

*¿Cuál es la fuerza que conduce al niño
hacia el umbral del hombre,
y al hombre adulto a la vejez de armiño
y el viejo al polvo?*

*La bella flor, la mariposa de oro,
el hombre mismo es sólo
el vaso que contiene una divina
emanación de vida.
La forma es tierra y se disuelve en polvo:
el alma eterna que la agita es todo.*

Esta ferviente y persistente creencia panespiritualista y de inmortalidad, fue lo que impulsó todos sus actos e iluminó toda su obra.

*La forma es tierra y se disuelve en polvo:
el alma eterna que la agita es todo.*

Mens agitat molem. El espíritu agita la materia.

Por eso hoy está presente Roberto Brenes Mesén. Y sus palabras —yo le prestaré mi voz— pondrán fin a su semblanza con algo que, desde la década de los cuarenta, nos dejó dicho como esbozos de un proyecto nacional que se columbraba en su mente.

Sobre los políticos y la política:

El político es un tratante en esperanzas y promesas. Sabe el político que el hambre hace adeptos, y que entre los adeptos no se reclutan sus soldados. Por eso, como a la bestia de noria, a cada hombre le cuelga enfrente de los ojos el tierno cogollo de una promesa, que tardará en satisfacer; porque soldado que se sacia, "no marcha aprisa".

Para las instituciones nacionales universitarias:

Nuestra Universidad carece aún, por joven quizás, de la sabia espiritual que pudiera hacer crecer en ella un magnético núcleo de cultura nacional, continental y humana.

Nuestra Universidad habrá de ser nuestra esencia. Será más profundamente humana, mientras mejor y más intensamente contemple nuestra realidad nacional. Al lado de los intereses materiales, tan preponderantes, la Universidad debe empeñarse en establecer el equilibrio, exaltando las fuerzas espirituales del país. Sin abandonar la tarea de la extensión universitaria encaminada a realizar su obra de iluminación en las masas, para contribuir a su vertebración.

Para la educación pública en general:

La educación pública es objeto de veneración supersticiosa entre nosotros.

Es muy considerable el número de los analfabetos que saben leer y escribir. El analfabetismo intelectual sobrecoge. El arte de pensar, es arte perdida. El número de escuelas, de maestros. . . nos enorgullece. Para lo demás sólo tenemos un ojo abierto.

Estímulos para que los maestros mejoren su preparación; ascensos de salarios como recompensa a su labor; construcción de casas de residencia para los maestros en lugares donde las comodidades son muchas.

Y también don Roberto dejó escrito para las asociaciones gremiales:

Hay algo que es preciso anunciar, porque ha de venir como consecuencia de la socialización; . . . Pienso en la asociación de todos los profesionales. Las asociaciones profesionales sentirán la necesidad y la conveniencia de contribuir con su pensamiento a la obra de conjunto del mejoramiento moral de la nación.

Y hoy, en la presente coyuntura, añadiría: Gracias y felicitaciones a la Asociación Costarricense de Filólogos, a los esforzados miembros de la Comisión Organizadora de este Segundo Congreso; gracias y felicitaciones a los participantes y a esta nutrida concurrencia. Pero también una recomendación: ¡Ojalá que pronto en estos Congresos, se atiendan y se concreten resoluciones plenarias de este gremio, para el mejoramiento de la obra nacional en conjunto; colocando, sobre el tapete de la discusión, ponencias que generen soluciones a las preocupaciones solidarias del gremio y para bien de la nación!